

Apuntes: **Nuevos liderazgos progresistas para el siglo XXI**

Mariano Salas Naranjo

En el programa Agentes de Cambio se debate sobre la identidad progresista, sus valores, principios y prácticas, sus rasgos distintivos y su aplicación al contexto de la Centroamérica que vivimos. Al mismo tiempo, se exploran las alternativas que pueden tener las personas líderes y sus organizaciones para participar en cambios sociales a partir de aquella identidad.

El uso del conflicto como recurso político, la comprensión propia del progresismo, la ubicación de nuestras luchas sociales en el devenir histórico de la izquierda democrática, los hábitos y prácticas del nuevo liderazgo progresista y la formación de alianzas como estrategia de incidencia política, son algunos contenidos tratados por las y los jóvenes líderes.

“O inventamos o erramos” nos dejó dicho Simón Rodríguez, y a eso tratamos de abocarnos las y los agentes de cambio: a reinventar conceptos para interpretar nuestras realidades, a reinventar prácticas para dar vida a nuevos liderazgos más inclusivos y transgresores del *status quo*.

El conflicto: recurso fundamental de la política reivindicativa

“El conflicto es lo que pone en marcha a las sociedades. Existirá conflicto mientras haya seres humanos que piensen que merecen algo y no lo tienen”, nos dice Juan Carlos Monedero. Si los negros esclavos no hubiesen pensado que merecían la libertad, si las feministas no hubiesen pensado que merecían la igualdad por género, si el proletariado no hubiese pensado que merecía condiciones dignas de trabajo, si el estudiantado no hubiese pensado que merecía voz y voto en los asuntos de la universidad, si la diversidad sexual no hubiese pensado que merecía iguales derechos civiles y patrimoniales; las sociedades se estancarían en el pasado.

Para quienes recibimos la realidad como es pero rechazamos dejarla como está, el conflicto social es nuestro gran aliado. Pero utilizar el conflicto como recurso para reivindicar poblaciones tradicionalmente excluidas no tiene mucho que ver con ser conflictivo. Permítase zanjar esa distinción entre ser una persona conflictiva (que las hay de todas las ideologías), y aprovechar el conflicto social como oportunidad para conquistar y ejercer derechos. A las y los progresistas nos interesa lo segundo.

La consecuencia práctica de aprovechar el conflicto es politizar temas. Un tema politizado tiene muchas más probabilidades de convertirse en un problema público, y éste es candidato viable para ser objeto de políticas públicas que mejoren la situación social previa. A este proceso se le puede llamar *politización*, el cual implica problematizar y visibilizar situaciones de conflicto muchas veces ocultadas por conveniencias, y otras veces ni siquiera planteadas por convicción.

Tomemos una situación hipotética con exclusivos fines ilustrativos. El artículo 131 de la Constitución Política de Costa Rica exige tener 30 años para poder aspirar a la presidencia de la República. Para el pensamiento tradicional aquí no parece haber ningún problema, nada de qué preocuparse, pues es totalmente sensato que para tal cargo se exija gente madura y con cierta experiencia. Sin embargo, el asunto es susceptible de politización, es decir, se puede “descubrir” el conflicto latente en él y explicitarlo, pues tal artículo excluye a toda la población menor de 30 años. Las personas más jóvenes que ya disfrutaban de derechos políticos podrían preguntarse: ¿Y por qué yo no puedo ser presidente? ¿Y dónde queda el derecho a elegir y ser electo(a)? ¿Y quién dice que la edad es garantía de madurez y experiencia? ¿Y a quién se le ocurrió que 30 años y no 25, ó 18, ó 40? ¿O por qué poner una edad como requisito? ¿A alguien le importa la edad del presidente?

El conflicto nace de las personas que creen merecer algo que no tienen. Y si varias personas creen lo mismo, podríamos estar frente a un movimiento que visibilice un conflicto latente o previamente inexistente, posicione el problema públicamente y sume el respaldo popular suficiente para dar la lucha. Aquí es importante comprender la política como proceso de los conflictos: diálogo, negociación, acuerdos y cumplimiento.

Si el conflicto es a la política lo que la escasez para la economía, concluimos que sin conflictos no hay política, así como sin escasez no hay necesidad de economía. Si todo fuera abundante para todos ¿para qué economía? Si todos tuviéramos lo que creemos merecer ¿para qué política? El conflicto social es, a un tiempo, inevitable, necesario y hasta deseable.

La clave de hacer política desde la convicción y la identidad progresista, está en asumir los conflictos sociales movilizados desde la presión ciudadana como insumos necesarios para la toma de decisiones y la implementación de políticas públicas que los resuelvan; a diferencia de la política tradicional y conservadora que invisibiliza y menosprecia, desconoce y niega la legitimidad de ciertas peticiones por el lugar de dónde vienen. En esto, las personas y sus liderazgos marcan la diferencia.

En el siglo pasado la izquierda democrática logró darle voz a muchos que no la tenían, este es el siglo para escucharles. Esperamos no necesitar otro siglo más para que obtengan lo merecido.

El progresismo desde acá

Libertad, Igualdad y Solidaridad son, desde la Revolución Francesa, fuente de los valores que alimentan las ideologías políticas en democracia. El resto parece ser cuestión de énfasis y acentos, por cierto, muy relevantes y significativos. La izquierda democrática ha postulado que estos tres grandes valores, conjugados virtuosamente en cada espacio de la vida en sociedad, darán como resultado la justicia social.

Las discusiones al respecto desde la filosofía, la sociología, la política, el derecho o la economía han sido fructíferas, apasionantes, de larga data e inconclusas. Por tal razón, se vuelve de utilidad práctica tener una comprensión propia de lo que entendemos por “progresismo”, no para dar por finalizada la discusión ni desconocer sus múltiples aportes, sino para ir trabajando en borrador mientras tanto.

Así, lejos de ser una ideología definida, parecida a un edificio teórico con sus respectivos pilares, coherente como un todo y entre cada una de sus partes; el progresismo se nutre de varias corrientes de izquierda no necesariamente complementarias, que se constituyen como fragmento del espectro político de izquierda y centro-izquierda, siendo un proyecto político todavía en construcción y disputa.

Nótese que el progresismo no abarca por completo a la izquierda o centro-izquierda del espectro ideológico, sino que convive (y compite), incluso ahí, con otras corrientes de *las izquierdas*. En consecuencia, las contradicciones del progresismo son casi su marca de nacimiento. No obstante, esta autocrítica no debe hacer suponer que el progresismo sea incoherente en sí mismo. Aquí hay otra clave para el ejercicio de un nuevo liderazgo progresista: “atender a lo que nos une y no exacerbar lo que nos separa” nos dice Juan Carlos Monedero.

Rebeldía, reforma y revolución son las tres almas del progresismo en nuestra época. La primera ligada al anarquismo, la segunda a la socialdemocracia y la tercera al socialismo. Durante los siglos XIX y XX se dedicaron a pelear entre sí por la verdad y la razón, y en el tiempo restante lograron algunos avances para la gente, mientras la realidad se salía con la suya para otros millones de personas. El siglo XXI nos da la oportunidad de honrar y respetar las luchas del pasado de la mejor forma:

reconocer que fracasaron y explorar otros caminos para cambiar el mundo, como nos dijo John Holloway.

Un reto para las y los progresistas es atender lo que une y no exacerbar lo que separa a quienes buscan la justicia social, siendo que la realidad ha demostrado cómo gobiernos que se dicen progresistas terminan administrando el modelo neoliberal, peligro del cual nadie está exento. Si el progresismo es un proyecto en construcción y disputa, la alerta está encendida: ni la igualdad, la libertad y la solidaridad son monopolio exclusivo del progresismo, ni el progresismo aplica únicamente estos tres valores. Que no somos ángeles, si no personas que yerran, y que los avances en cada uno de estos valores deben juzgarse a la luz de las circunstancias históricas de cada realidad.

Nuestras luchas en el devenir de la izquierda democrática

“Dime dónde te referencias y te diré quién eres” nos vuelve a decir Juan Carlos Monedero. El conocimiento de la historia de nuestras luchas por la justicia social nos ayuda a evitar varios complejos que resultan nocivos para el ejercicio del liderazgo político. Entre ellos está el de creerse primero y único en luchar por un tema, o el de creerse más fiel representante de cierta lucha, quien mejor hace su trabajo, quien más entrega, quien más compromiso tiene o es más “puro”.

No comenzamos de cero. Inevitablemente, alguna persona antes que nosotros tuvo las mismas preocupaciones o inquietudes, implementó similares acciones, o resolvió iguales debates. El valor agregado de aceptar “la herencia” o verse como nuevo participante de viejas luchas, es quitarse un gran peso de encima, reconocer el momento histórico y saber que tal vez no daremos la solución definitiva, pero sí que avanzaremos algo hacia ella.

Conocer la trayectoria histórica de las luchas sociales es imprescindible para comprender su estado actual, y saber de sus emprendedoras y emprendedores previos, nos da luces sobre nuestra propia identidad. Porque inspirarse en alguien o en su legado emociona, y sin emoción no hay movilización de intereses. Porque inspirarse en alguien conmueve, que es moverse juntos.

Hábitos y prácticas del nuevo liderazgo progresista

Al ser el liderazgo algo que se ejerce y no algo que se posee, es importante recalcar el poder de las prácticas sociales (hábitos cotidianos) a la hora de transformar la sociedad y transformarnos con ella. La aplicación de los valores en el diario vivir es el distintivo de quienes predicán con el ejemplo, aquellas personas que entienden el pensamiento y la acción como momentos diferentes de un mismo accionar, y no como cosas separadas.

Sin embargo, no siempre resulta sencillo aplicar valores tan elevados como la igualdad, la libertad y la solidaridad en nuestro día a día. Para facilitar “el aterrizaje” de estos valores a la práctica proponemos el esquema VPP: valor-principio-práctica, en el entendido de que se trata sólo de momentos diferentes de un mismo hacer. Veamos algunos ejemplos.

El valor de la libertad, aplicado en el principio de la autodeterminación y ejercido en la práctica diaria de decidir nuestro propio destino sin temores. El valor de la igualdad, aplicado al principio de la equidad de género y ejercido en la práctica diaria de no discriminar a las personas sólo por su condición de género e incluirlas en nuestras organizaciones. El valor de la solidaridad, aplicado al combate del adulto centrismo autoritario y ejercido en la práctica por un adulto cuando pide a una persona joven su punto de vista para tomar una decisión.

La idea del VPP es conectar nuestros hábitos de liderazgo con los tres valores que inspiran a la izquierda democrática, de modo que podamos “operar el cambio que queremos ver”, como dijo Mahatma Gandhi. De una forma sencilla se puede relacionar el nivel más abstracto (valor) con uno intermedio de acción (principio) y otro concreto (práctica), y así observar nuestra coherencia. En la práctica podemos preguntarnos: ¿a cuál de aquellos tres valores le doy vida con esta acción que voy a realizar? ¿Cuál valor aplico con la decisión que voy a tomar?

Superar las costumbres del liderazgo tradicional por personalista y caudillista, autoritario y centralista, patriarcal y vertical, corrupto y aprovechado, egoísta y solitario, cerrado y obstinado, indisciplinado y figurín; es tarea de reinventar viejos hábitos en nuevas prácticas.

Empero, cuando se actúa existe la certeza (no sólo el riesgo) de equivocarse. La tradición dicta que el error está mal y se castiga o censura. El miedo al error puede ser el más eficaz antídoto contra el cambio, el principal inhibidor de iniciativas transformadoras. El miedo opera en silencio, pero opera. Conscientes de esto podemos tomarnos el error menos en serio y aprender de él, disfrutarlo, aprovecharlo y superarlo. Que el error sea señal de esfuerzos transformadores, que evitarlo por miedo sea señal de tragedia por no hacer nada y de bostezo por hacer lo mismo.

La formación de alianzas como estrategia de incidencia política

Transformar la sociedad y transgredir el *estatus quo* es imposible sin el apoyo de las mayorías. Si el progresismo se coloca, hombro con hombro, al lado de las poblaciones socialmente excluidas, la formación de alianzas y redes que articulen el tejido social en una dirección concertada es imperativa. Sin el poder ciudadano no podremos ganarle la batalla al poder de las élites indisciplinadas, de los grupos fácticos, de los conglomerados económicos transnacionales.

En alianza somos mayoría, somos alegría. Las y los agentes de cambio invertimos la vida en articular intereses, comunidades, organizaciones, agendas y a la ciudadanía activa con ayuda de las personas referentes en campos temáticos y políticos. Estas alianzas se nutren de la *diversidad funcional*. Es decir, no encontramos valor en la diversidad por sí misma, idolatrada, sino en aquella diversidad que conduce a negociación y acuerdos más representativos e inclusivos. Porque los acuerdos entre distintos hacen democracia, y los acuerdos entre iguales hacen servilismo. Por lo tanto, celebramos la amplia diversidad que colabora en la búsqueda de alternativas, pero no aquella que obstaculiza acuerdos por mero deporte democrático.

Jean-Paul Sartre nos dijo que “el hombre es lo que hace con lo que hicieron de él”. Por supuesto no ha sido así, pero debe ser que la mujer también. Quienes intentamos hacer de nosotros mismos jóvenes líderes más progresistas, cargamos con el peso de la realidad como es: portamos en nuestra identidad el germen de la vieja sociedad. Al tanto de eso, no dejamos la realidad como está: empleamos nuestros más ingentes esfuerzos en transformar lo que hacemos para cambiar lo que somos, hacia una nueva sociedad democrática.

El recorrido ha iniciado y no terminará jamás. ¡Vamos caminando!